

JOSEPH NEUMANN: UN MEXICANO DESCONOCIDO (1648-1732)

Luis González Rodríguez

Introducción

Ninguna historia general o particular de México, colonial o contemporánea, ni crónica religiosa alguna menciona el nombre de Joseph Neumann. Menos aún se conoce su origen, su prolongada permanencia y actuación en el noroeste de México, en la Sierra Tarahumara, donde vivió y trabajó con esa etnia septentrional durante más de 51 años (1681-1732).

Este sólo hecho, la entrega de una vida a un grupo indígena novohispano, bastaría para que la historia, la etnografía y otras ciencias sociales le hubieran rendido un tributo de justo reconocimiento y perpetuado su memoria. Pero con Neumann ha ocurrido lo que con muchos hombres ilustres que, no obstante haber contribuido a la cimentación de México y a la consolidación de sus fronteras, han quedado en el anonimato de la historia.

A lo largo de su existencia en las anfractuosidades de esa sierra norteña, Neumann recorrió innumerables rancherías de *rarámuris* como misionero, como superior de una unidad misional y como visitador del conjunto en que estaba organizada la Misión de la Tarahumara. Pero su actuación pastoral no fue desgajando el alma del cuerpo y angelizando al hombre; conservó la atención total a la persona y a la comunidad. En tiempos de paz y de guerrillas, en años de sequía y de epidemias, siempre se ocupó de ellos con entereza y con amor, procurando su bienestar y su salud.

Más aún, Neumann fue testigo de varios conflictos y hostilidades, tanto interindígenas, como hispanoindígenas, particularmente en los años 1684-1685, 1690-1691, 1696-1697 y al finalizar el siglo XVII, con resacas en los comienzos del siguiente. Se conservan innumerables documentos sobre estos periodos de guerrilla: epístolas misioneras, informes militares, correspondencia del gobernador de Nueva Vizcaya —de quien dependía la región— y del general del presidio de San Francisco de Conchos, o de los presi-

dios aledaños, como el de Janos, el de Sinaloa y otros; actas virreinales, juntas de guerra, enjuiciamientos sumarios, etcétera.

Esta extensa documentación se encuentra dispersa en varios archivos de México y de Europa. Valiéndose de ella, de su propia experiencia y del testimonio ocular u oral de otros contemporáneos, Neumann se dio a la tarea de recopilar datos, organizarlos, redactarlos y hacer una síntesis de los distintos movimientos armados, constituyéndose así en el historiador de las guerrillas que tuvieron lugar en la región tarahumara y en su periferia. El no vio su obra publicada, que terminó de escribir en 1723 y cuya impresión se concluyó en Praga en 1730, en la Universidad Cárolo-Ferdinanda, aproximadamente año y medio antes de la muerte de su autor.

En este capítulo voy a esbozar una semblanza de Joseph Neumann atendiendo los siguientes puntos: datos biográficos, actividad en la Tarahumara, escritos más importantes de Neumann y aportaciones suyas a la antropología en el noroeste de México. A través de estos puntos señalaré los lineamientos críticos de su obra y de su personalidad.

Apuntes biográficos

Aunque la formación académica de Joseph Neumann se llevó a cabo preponderantemente en países de lengua alemana y bohémica, él se consideró siempre de nacionalidad belga. Su padre germano, probablemente austríaco, y su madre belga, estaban al servicio del archiduque Leopold Wilhelm, hijo menor del emperador Fernando II (1619-1637) de Alemania, y primo de Felipe IV (1621-1665) de España. Al ser nombrado el archiduque gobernador de los Países Bajos del Sur, la actual Bélgica, trajo consigo a la familia Neumann y se estableció en Bruselas, a donde llegó el 11 de abril de 1647. Toda esta comarca había pasado desde 1477 a formar parte de la casa de Habsburgo, y su administración se confiaba por turnos a la rama española y austríaca de esta familia principesca.

Las investigaciones históricas configuran la personalidad de Leopold Wilhelm. Educado con los jesuitas y fogoso antijansenista, había sido obispo de Estrasburgo, Halberstadt y de Olomutz (en Moravia). Producto de la Contra-Reforma, dejaba a *coadjutores* el cuidado de las diócesis y, a fuer de buen soldado, mediante la política o con las armas se dedicaba a defender la religión, tachando por parejo a los enemigos de la Iglesia como enemigos también de la casa de Habsburgo.

En esta atmósfera cortesana y militar nació Joseph Neumann en Bruselas el 5 de agosto de 1648. Diversos indicios señalan que el año anterior había nacido, también en Bruselas, un hermano suyo de nombre Leopold. En esta ciudad permanecieron ocho años y aquí empezó Joseph a aprender a hablar, escribir y contar, manejando desde niño el francés y el alemán.

En mayo de 1656 los Neumann retornaron a Viena con el archiduque, al concluir éste su misión en Bruselas; y al parecer continuaron viviendo en Austria hasta 1660. En este intervalo, el 7 de enero de 1659 nació Johannes Baptista, hermano menor de Joseph. Un año más tarde emigraba toda la familia a Moravia. En este margraviato y en territorio del reino de Bohemia, Joseph Neumann pasaría los siguientes 18 años de su vida, fascinado con la hermosura de estas tierras y con sus pobladores.

Fijaron su residencia en Olomutz, capital de Moravia, situada en una fértil llanura irrigada por el río Morava y sus afluentes. Olomutz era una añosa ciudad medieval con castillos amurallados, grandes mansiones, suntuosas iglesias y conventos, con escuelas de diversos grados y con una universidad. Sin embargo, no continuó aquí Joseph sus estudios, sino en el sur de Bohemia, en el risueño pueblecito de Jindrichuv Hradec, donde cursó tres años de humanidades clásicas grecolatinas de 1660 a comienzos de 1663. Este último año regresó a Olomutz para estudiar un segundo año de retórica. En esta ciudad solicitó entrar en la Compañía de Jesús, en cuyos colegios se había educado, y obtuvo su admisión en esta orden religiosa el 24 de septiembre de 1663. En 1664 seguiría Leopold el mismo camino y en 1675 su hermano menor, Johannes Baptista, quien en 1688 partió a las reducciones del Paraguay y murió en Asunción en 1704. El hecho de que tres hijos de la familia hayan seguido la vocación a la vida religiosa, y que dos de ellos hayan escogido ser misioneros en ultramar, es indicio del ambiente profundamente cristiano que vivieron en el hogar.

La provincia jesuítica de Bohemia, en la que fueron recibidos, abarcaba entonces el reino de Bohemia, el margraviato de Moravia, el ducado de Silesia y las dos Lusacias. Provincia cosmopolita con unos mil miembros. En 1663 los turcos asolaron Moravia, dejando un séquito de depredaciones, incendios y cautiverios, y obligando al cierre y dispersión de muchas instituciones religiosas, precisamente en Olomutz, no así en Brno donde Joseph Neumann pasó los dos años de su noviciado (1663-1665).

En octubre de este último año se trasladó al colegio San Clemente de Praga, donde permaneció hasta 1669, primero como pro-

fesor de latín y luego, durante tres años, como estudiante de filosofía: lógica, física y metafísica. Se dice de él que era de carácter sanguíneo, de buena inteligencia, con buen juicio y prudencia. De 1669 a 1672 volvió Neumann como profesor de latín —gramática y humanidades— al colegio de Brno. Finalmente, de 1672 a 1676 estudió teología en Olomutz y pasó un año de espiritualidad y de actividad pastoral en el tranquilo pueblecito de Telč, casi en los linderos que separan Moravia de Bohemia.

Este postrer período (1677-1678), conocido como “tercer año de probación”, fue decisivo para la orientación definitiva de su vida. El instructor de esta casa, Emmanuel de Boye, comprendió perfectamente la vocación misionera de este hombre y la apoyó cuanto pudo. Pero ¿cómo surgió en Neumann tal vocación, expresamente declarada para México? En la vida religiosa de un jesuita en dos ocasiones se hacen durante un mes, en silencio, en meditación y con diversos sacrificios personales, los conocidos como “Ejercicios de San Ignacio”. Durante este tiempo se meditan los distintos misterios de la vida de Jesús, se reflexiona en la propia vida, pasada y presente, y se piensa cuál va a ser la trayectoria futura. En este contexto se leyó una circular del general de los jesuitas Gian Paolo Oliva, expedida en Roma, en la cual solicitaba “indípetas”, es decir, voluntarios para trabajar fuera de Europa, en los territorios confiados a la Compañía de Jesús, tanto en el continente americano y en el Caribe, como en las islas del Pacífico, en el cercano o en el extremo oriente. En respuesta a esta solicitud y a otras posteriores, se conservan en los archivos centrales de Roma más de 20 000 cartas de voluntarios que se ofrecieron para estos trabajos.

La correspondencia cruzada entre Neumann y Oliva, de enero a abril 1678, afortunadamente se ha conservado. Leyendo estas cartas latinas se da uno cuenta de la entereza de Joseph Neumann, de su salud de hierro —contaba entonces 30 años—, de sus motivaciones espirituales y humanas, de la firmeza de sus convicciones, de su entusiasmo y voluntad de entrega total. Los hechos posteriores se encargarían de confirmar lo que él entonces apenas alcanzaba a columbrar.

Obtenida la autorización para partir a México, Joseph salió de Praga el 11 de abril de 1678. Llegó a Génova el 4 de mayo en donde se encontró con dos tiroleeses, uno de ellos Kino, seis austríacos, cuatro italianos, dos sicilianos y cuatro más de Bohemia y Moravia. En total eran 19: siete para México y doce para Filipinas. El 12 de junio se embarcaron para Cádiz, a donde llegaron el día

28 con un ligero retraso, pero suficiente para perder la flota que cada dos años zarpaba rumbo a Nueva España. Así, tuvieron que aguardar hasta 1680 para poderse embarcar.

En el colegio San Hermenegildo, de Sevilla, en donde se les dio albergue, pasaron su estancia forzosa. Varios relatos en alemán, recopilados en una obra preciosa en 7 volúmenes, *Derneue Welt-Bott*. . . , cuentan el descubrimiento progresivo que iban haciendo de la vida española, particularmente de la sevillana con toda su exuberancia y jovialidad. Aprovecharon ese tiempo para aprender el castellano-andaluz, y varios oficios manuales que estimaban les serían útiles en el porvenir. Procuraron también documentarse con lecturas sobre las tierras y moradores de allende el mar, comprar algunos libros y objetos religiosos, instrumentos de trabajo, pequeños regalos para los futuros neófitos, etcétera.

Finalmente, el 11 de julio de 1680, se embarcaron Neumann y sus compañeros en la nave almiranta, pero ésta chocó con un escollo a vista del puerto de Cádiz y empezó a naufragar. Obligados a descender nuevamente a tierra, socorridos por varias chalupas, en medio de una noche agitada, once de los 19 misioneros lograron reembarcarse en otros navíos. Neumann, Ratkay y el hermano coadjutor Simon Boruhradsky, los tres destinados a México, fueron de los afortunados en zarpas; Eusebio Francisco Kino y ocho compañeros más se vieron forzados a esperar embarque hasta el 27 de enero de 1681.

Neumann y sus compañeros atracaron en Veracruz el 15 de septiembre de 1680. Tras una semana de descanso en ese puerto, prosiguieron su ruta a Puebla de los Ángeles, a donde arribaron a comienzos de octubre, y el día 10 de ese mes ponían sus pies en la ciudad de México. Aquí descansaron cinco semanas. Se informaron de las distintas misiones que tenían los jesuitas en el noroeste, y tanto Ratkay como Neumann pidieron y obtuvieron ser enviados a la Tarahumara. Emprendieron así, el 18 de noviembre, una cabalgata hasta la Sierra, equivalente a la distancia que separa a París de Budapest o a Roma de Colonia, que cubrieron en 74 días. El 1 de febrero de 1681 llegaron, en efecto, a la misión de San Ignacio Coyachi, donde residía el visitador de la Tarahumara, padre José Tardá. Parece increíble que hubieran transcurrido dos años y casi diez meses desde que Neumann había dejado Praga y que ese tiempo hubiera requerido para llegar a ese rincón perdido en la inmensidad aún ignota del septentrión. Desde entonces y hasta el primero de mayo de 1732, fecha de su muerte, la vida de Neumann trazaría por valles, cañadas, barrancas y montañas en el riñón de

la Sierra y en medio del pueblo tarahumar. Trataré de delinear esta larga, compleja, controvertida y fecunda etapa de Joseph Neumann en su trabajo de pastor.

En la Sierra Tarahumara

Larga fue la vida de Neumann aquí: exactamente 51 años y tres meses. En términos militares fue soldado raso, capitán y general, es decir, misionero de pueblo-cabecera con poblado de visita; superior de un rectorado de la Tarahumara, que comprendía varias cabeceras de misión con sus respectivas visitas, y visitador de varios rectorados.

Tras un mes dedicado exclusivamente al estudio de la lengua, en el citado poblado de Coyachi, para el 7 de marzo de 1681 le fue asignado en el extremo sur occidental la última misión, la del Dulce Nombre de María de Sisoguichi, fundada en 1675, frontera de gentilidad y la más próxima a la Sierra de Chínipas. Este sería su centro de irradiación durante casi 17 años, hasta febrero de 1698. Tenía como visitas tres rancherías: Echoguita, Ojachichi y Panalachi, y pensaba reconocer la barranca de Urique.

Siete documentos autógrafos de Neumann, de 1681 a 1697, es decir, del tiempo en que estuvo al frente de Sisoguichi, informan de su actividad como misionero, como historiador y etnógrafo, y como amigo. Durante dos trienios fue rector de siete misiones (1687-1690 y 1693-1696) y visitador de dos rectorados y de 15 misiones (1696-1699), todas situadas en la Sierra Tarahumara. Durante este tiempo le tocó vivir las zozobras causadas por amagos de rebeldía indígena en la periferia de Chínipas (1682), en la frontera de los pimas (1684-1685) y etnias comarcanas, y también afrontó mayores peligros en dos grandes rebeliones tarahumaras que asolaron buena parte de la Sierra en 1690 y en 1697.

Sus primeras impresiones y experiencias en el medio tarahumar las dejó consignadas por escrito, lo mismo que sus vivencias en tiempos de *guerrilla*. De 1681 y 1682 datan varias descripciones de esa región, de los salteadores tobosos que acechaban a los viajeros en las rutas de Zacatecas y Durango hacia el norte. A los quince días de haber llegado a la Tarahumara escribe sus primeros datos de etnografía rarámuri que, al año siguiente, ampliará con aguda observación.

Su labor misionera la contextualiza en el conjunto de la organización que tenían los jesuitas. En el documento de febrero de

1682 da una visión del rectorado de Chínipas al suroeste de la Tarahumara, del rectorado de la Tarahumara Antigua o de la Natividad al sur, y del de la Tarahumara Nueva o de San Joaquín y Santa Ana al norte. Y con más detalle, como es natural, escribe sobre la vida diaria en Sisoguichi, donde residía, y en sus pueblos de visita. Otros dos informes de Neumann, uno de febrero 1690 y otro de febrero 1697 *presentan la situación pastoral* de las misiones de su rectorado y el estado temporal de cada una de ellas. Ambos textos son complementarios y dan una idea del trabajo que se hacía y de los recursos locales con que contaban para el mismo.

Menciono por último, para este periodo de la vida de Neumann, tres hechos que él expone en su correspondencia, y que le tocó vivir: las guerrillas generalizadas de 1690 y 1697, de las que tratará ampliamente en una obra posterior; el hambre ocasionada por las sequías, y la peste de 1692 que acabó con una tercera parte de la población. Sobre todos estos puntos daré más adelante los testimonios textuales del autor.

El siguiente y más largo periodo de la vida de Neumann en la Tarahumara abarca 34 años: de 1698 a 1732. En él se encuentran otras facetas de su vida y personalidad reflejadas en sus numerosos escritos, la mayor parte de ellos redactados en el lugar de su nuevo destino: Carichí. El nombre tarahumar de este caserío era *we'ru carichí*, que quiere decir "casa grande, ancha", aludiendo probablemente a la tradición secular de las "casas grandes", llamadas también "casas de Moctezuma", en donde se supone hicieron alto los peregrinos nahuas en su centenario caminar del norte hasta Tenochtitlan.

Carichí, fundado el 9 de noviembre de 1675 por el padre Tomás de Guadalajara, tenía como pueblos de visita: San Luis Gonzaga Tajfrachi, los Santos Ángeles Basigochi y Nuestra Señora del Pilar Bacaburéachi, todo en un radio de aproximadamente cuatro kilómetros de distancia. Neumann vino a reemplazar a otro gran misionero, Francesco María Píccolo, que acababa de ser destinado a Baja California con el famoso Gian María Salvatierra. A Píccolo se debe la construcción de la hermosa iglesia de Carichí terminada hacia 1690-1691, lo mismo que la casa cural adjunta.

Este fue el nuevo centro de operaciones de Neumann. De aquí salió periódicamente a recorrer los caseríos y rancherías de su jurisdicción, y de aquí partió igualmente a visitar las quince misiones de la Tarahumara durante los dos trienios en que fue nombrado visitador. Estas visitas tenían un doble carácter: por un lado

revisar el proceder de los misioneros en sus obligaciones religiosas y en el cumplimiento de sus deberes pastorales con los tarahumares; esto es, la administración de los sacramentos y la consignación por escrito de las partidas de bautismos, matrimonios y defunciones en sus respectivos libros. Por otra parte indagaba si los misioneros instruían en la doctrina cristiana a los neófitos, les celebraban regularmente la liturgia dominical de la misa y de las festividades que ocurren a lo largo del año: el ciclo de navidad, el tiempo penitencial de la cuaresma, la semana santa y pascua, las fiestas titulares, etcétera. Se informaba también si atendían y visitaban a los enfermos, próximos o distantes; si procuraban el bienestar material de la gente que tenían encomendada, no sólo tratándolos con caridad y justicia, y defendiéndolos de los abusos de colonos, comerciantes, contratadores y otros labriegos españoles, sino también suministrándoles alimento, vestido, semillas e instrumentos de labranza. Y para conocer con qué recursos materiales y económicos contaban los misioneros, examinaba los libros de entradas y gastos, los aperos y ganados, las deudas contraídas, y las tierras de sembradío.

Neumann consignó en varios documentos el padrón y estado espiritual de su propia misión en los años 1716-1720, el de su rectorado en 1690, y el de toda la Tarahumara en 1697. Por otra parte se conservan varias "memorias", escalonadas de 1707 a 1730, en las que consta lo que anualmente solicitaba a México —con la limosna de 350 pesos que cada año a cada misionero adjudicaba el rey— para su propio mantenimiento, para el adorno de las iglesias y el culto divino, y para el mejoramiento material de la misión.

En la correspondencia de Neumann de estos años aflora la problemática diaria u ocasional de la vida nortea en plena serranía; tanto en las relaciones de los misioneros entre sí, como de éstos con los indígenas, con las autoridades civiles o religiosas de la Colonia, y con los distintos tipos de habitantes asentados en la región.

Aparece, por ejemplo, cierta oposición entre los misioneros de origen germánico y los de ascendencia latina: aquellos son resistentes a las inclemencias del tiempo, tenaces en sus trabajos, de salud robusta; éstos son más bien inconstantes y de salud más débil. Por otra parte se manifiestan actitudes y juicios o expresiones contradictorias respecto a los tarahumares y a su forma de vida. Se notan, también, entusiasmos y desesperanzas en los resultados de la acción misionera y en la forma en que la están llevando a cabo.

La respuesta de fondo a estos vaivenes y a estas inquietudes se encontrará en un análisis concienzudo de los escritos de Neumann

para conocer su pensamiento genuino. Habrá que sopesar, además, los principios eclesiológicos y teológicos en que apoyaba y legitimaba su actividad pastoral. Y, por último, no se puede ignorar el medio ambiente cultural de donde provenía, vivido durante más de 30 años y que, sobre todo en un principio, chocaba con culturas totalmente distintas a la suya. Valores subyacentes, educación, principios religiosos, formas organizativas en lo familiar, social y político, diversiones, alimentación, indumentaria, tipos de casas, ajuar doméstico, idioma; todo, en suma, era distinto. Descubrimiento, encuentro y choque cultural se producían en acciones, pensamientos y sentimientos de Neumann y de los tarahumares. Pero él superó todas las dificultades, permaneció impertérrito entre ellos, y entre ellos dejó su vida. Esta fue su respuesta.

En diversos escritos neumannianos aparecen también los conflictos que tuvo con colonos, españoles o mestizos, de la región por incumplimiento de sus responsabilidades en las fincas, en el cuidado de los animales y los aperos; por abusos de autoridad y maltrato de los indígenas; por deterioro del material que transportaban los arrieros, etcétera. Existen, además, algunos testimonios de divergencias de opinión en asuntos de disciplina religiosa. Aunque comprensivo con la debilidad humana, Neumann era íntegro en su vida y su proceder, y aún se le achacaba de ser demasiado severo e intransigente. Prueba de su empeño por mantener los altos ideales que inspiraron su vida es la recopilación que hace en 1723 de las "Ordenanzas Misionales", dictadas por diversas autoridades jesuíticas de 1634 a 1723, que seguían en vigor y normaban la vida de los misioneros.

Hay otros documentos menores, de importancia casera, pero que no dejan de ser significativos porque reflejan la parsimonia con que vivía Neumann. Pero su obra escrita más importante, cuya redacción concluyó hacia 1723, es la *Historia de las sublevaciones tarahumaras*, publicada en Praga en 1730, de la que trataré algo más adelante. Del 25 de septiembre de este año es el último escrito que he encontrado de él. Su grafía es temblorosa. Pasaba entonces de los 80 años. En esta carta es donde da algunos datos sobre la redacción de su *Historia*, del robo que se acaba de perpetrar en su iglesia de Carichí, cuyo monto estima en \$1 000. Añade que "ahora está la misión muy pobre, ni yo para restaurarla, necesitando ya de compañero para administrar los cuatro pueblos de tres mil almas de administración". Un año y ocho meses después, el 1 de mayo de 1732 fallecía Joseph Neumann en su querida misión, en la que fue sepultado junto a su antiguo compañero de viaje, el

noble croata Johannes María Ratkay muerto el 26 de diciembre de 1683.

Etnógrafo de los tarahumares

A los quince días de haber pisado suelo tarahumar, en unas cuantas pinceladas dibuja Neumann el *hábitat* de la sierra y algunos rasgos de sus moradores:

La región tarahumara es casi toda montañosa y sus caminos escarpados a través de montes muy altos y valles profundísimos. La mayoría de los cristianos junto a los riachuelos y torrentes, vive y tiene sus sembradas de maíz, que nosotros en Europa llamamos *trigo de Turquía*, y del que casi sólo se sustentan haciendo con él unas como tortas de pan y una bebida de atole.

La gente es de color oscuro, no negro. Su afición a la embriaguez, a la poliginia y a las supersticiones dificulta su conversión. . . Los hombres andan generalmente semidesnudos, solamente ceñidos a la cintura con un paño y cubiertos durante el invierno con una cobija oscura. Las mujeres se cubren más. Los tarahumares caminan armados con arcos y flechas.

Construyen sus cabañas separadas una de otra a distancia de un tiro de escopeta. Las techan con ramas y paja, y son tan bajas que sólo reptando se puede entrar en ellas, y dentro no puede uno estar de pie. Sus casitas se parecen a las que se construyen en los bosques de Europa para la cacería de aves. Continuamente cambian su lugar de habitación, unas cuatro veces al año. Y cuando alguien muere en un sitio, destruyen ese hogar y no lo vuelven a habitar (carta latina de Neumann a su provincia de Bohemia. San Ignacio Coyachi, 15 de febrero 1681. Copia en el archivo de Brno, Moravia).

Un año más tarde, hacia mediados de febrero de 1682, vuelve Neumann a tomar la pluma y escribe una extensa relación latina, de aproximadamente 40 cuartillas, que dirige desde Sisoguichi a su provincia. Este documento se localiza en el antiguo monasterio de Strahov, hoy Instituto de Literatura Popular, en la sección de Mala Strana, Praga. Entre otras observaciones hechas a lo largo de un ciclo anual, escribe lo siguiente acerca de los tarahumares, que complementa lo anteriormente relatado:

Conviene saber que los tarahumares en su gentilidad, es decir, antes de recibir el bautismo, acostumbraban vivir dispersos, muy distantes unos de otros; moraban con esposa e hijos en cuevas o en tugurios con techos de paja. . . Si muchos cohabitaban, eran entre sí parientes o afines, porque los tarahumares casan a sus hijas con la condición de que los maridos vivan con los padres de la esposa, de algún modo sujetos o subor-

dinados a ellos. Y fuera de ésta no conocían otra sujeción o subordinación entre ellos, viviendo cada uno sin ley, sin jefe y a su arbitrio.

Como los tarahumares cultivan primordialmente el maíz, que constituye el sustento principal de toda esta India Americana, viven en valles amenísimos y siembran los campos ribereños por la mayor humedad que requiere el maíz para que crezca fecundo y dé cosechas centuplicadas. Y por lo general una fanega produce cien.

A cuantos moradores cultivan el mismo valle a lo largo de un río o arroyo, por los vínculos de una estrecha amistad que los unen entre sí, los consideramos miembros de un mismo pueblo y nos esforzamos por reunirlos en un mismo lugar, con su iglesia, aunque vivan diseminados a lo largo de siete u ocho leguas. Toda esta región consta de valles amenísimos y muy largos, rodeados de montañas, y abunda en ríos y corrientes de agua. Y por el número de valles se puede distinguir el número de pueblos, aunque éstos tengan muy pocas familias.

La tierra es pródiga en caballos, y éstos elegantes, pero sirven únicamente para la equitación. Hay tarahumares que poseen en sus pastizales más de cincuenta caballos. Los españoles se los compran por tres o cuatro brazadas de paño vilísimo, o por una segur o una pala de hierro, por un sombrero o por otras cosillas sin valor, pero que los tarahumares necesitan.

Tienen también muchas ovejas, que sólo cuidan por la lana que producen, con la que tejen hermosos vestidos adornados con franjas de diferentes colores. Hombres y mujeres andan con los pies y la cabeza descubiertos; el resto del cuerpo lo cubren. La indumentaria masculina consiste en un paño que ciñen a la cintura y les cubre los muslos, semejante al calzón romano. Por la cabeza se ponen una como dalmática sin mangas para cubrir pecho y espaldas, y encima se tercián una cobija a manera de capa, con que dan la impresión de vestir como pintan a los apóstoles o a los profetas. Las mujeres llevan enaguas largas, y los niños impúberes de ordinario andan desnudos.

Tienen gallinas y siembran frijoles para comer. Del maíz hacen cierta bebida (el *tesgüino*) con la que se embriagan mucho en sus festividades y en sus diversiones. En estas ocasiones los tarahumares cantan y bailan las noches enteras haciendo mil gesticulaciones ridículas, hasta que a la mañana siguiente quedan adormecidos con el vino y el sueño. Y éste es en ellos un vicio predominante. . . Estas embriagueces las celebran en lugares apartados, fuera de la vista del misionero.

Los tarahumares nunca fueron idólatras, aunque sí vivan engañados por el demonio con muchos embustes y magias. Algunos han tenido al sol y a la luna por dios. . . La mayor parte son monógamos, algunos tienen varias mujeres, y muy pocas muchas. Solían casarse con consanguíneas o afines, y en sus embriagueces eran muy incestuosos. . .

Los tarahumares son gente naturalmente sencilla y ruda, de piel oscura, no negra; de estatura proporcionada, de constitución vigorosa, pero flojos para el trabajo. Normalmente andan con arco y flechas, que son sus únicas armas, propias de ellos. Usan sus flechas con un veneno letal, y por eso les temen más otras naciones, aunque los tarahumares son pacíficos por naturaleza y nunca se pelean entre ellos mismos.

Basten estas cuantas palabras, brevemente dichas, sobre la Tarahumara y los tarahumares.

A pesar de esta última afirmación, en este mismo relato Neumann proporciona más adelante otros datos etnográficos sobre los tarahumares, con quienes trata de comunicarse mejor, y a este fin se empeña en ir profundizando en su idioma. Respecto a su organización social menciona un gobernador general de todos los tarahumares, un indio viejísimo que llevaba más de medio siglo con ese cargo; alude también a los gobernadores subalternos, a los capitanes y a los fiscales, encargados estos últimos de velar por la limpieza de las iglesias, por la instrucción catequística, y de avisar de los que se encontraran enfermos. Indica también que para el nombramiento de los gobernados indígenas el gobernador de Nueva Vizcaya solía darles por escrito una patente que acreditaba su autoridad.

En este crudo invierno de 1681-1682 cayó enfermo Joseph Neumann en la soledad de su misión de Sisoguichi, "con un dolor agudísimo en la espina dorsal y con punzadas en el costado, que le impedían la respiración y lo sofocaban". Todo el paisaje estaba nevado, el cierzo soplaba frigidísimo. "Fue tal la aspereza del invierno que murieron de hambre y frío casi todas las ovejas de mis indios; murieron igualmente las vacas, los caballos y los jumentos. . . que se encontraron sepultados entre la nieve".

Otra carta latina, fechada igualmente en Sisoguichi el 29 de julio de 1686, y enviada por Neumann a Bohemia, contiene datos importantes sobre creencias de los tarahumares y sobre sus tradicionales tesgüinadas. Textualmente escribe:

Los campos de labranza de algunos tarahumares fueron de tal manera azotados por el granizo, que no les quedó ninguna esperanza de cosecha. . . Semejantes infortunios suelen atribuirlos a otras causas, por ejemplo el no haber venerado al sol y a la luna al tiempo de las siembras con tesgüino, danzas y cantares; o por haber interrumpido quizás otras acostumbradas supersticiones con las que piensan obtener buenas cosechas. Afirman que a menudo mueren fulminados por los rayos los que nacieron como enemigos de aquellos. Mueren también en las tempestades los padres que descuidan ofrendar en amistad y dedicar a los rayos a sus hijos recién nacidos, al desatarse una tempestad; y mueren también los que se entristecen en medio del fragor de una tormenta. Por eso, en tales situaciones, la mayoría de los tarahumares se muestran muy alegres, rien y bailan —no sé si fingidamente o en verdad— queriendo demostrar que ellos son amigos de los rayos.

Otro hecho interesante que narra Neumann en esta relación es el siguiente. El siciliano Francesco María Píccolo, encargado de la misión de Carichí, había invitado a Neumann a pasar el año nuevo

en su compañía. Aceptó la invitación y emprendió a caballo el camino de dos días, auxiliado por un guía tarahumar. Apenas había traspuesto las últimas crestas, tras las que se perdía en el valle su poblado de Sisoguichi, cuando al apearse el muchado de su caballo, éste se dio a la fuga en busca de su querencia. Los dos viandantes se vieron obligados a regresar en pos del animal huido, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que Sisoguichi estaba vacío. Todos sus habitantes se habían ido a una tesgüinada, para la que previamente habían quedado de acuerdo. Neumann llegó a su cabaña, se despojó de su sotana y se vistió al estilo tarahumar; se puso una zapeta y una camisa de manta, calzó sus pies con huaraches, entornó su cabeza con una coyera o banda de tela, y se envolvió como ellos con una cobija. Como uno de tantos tarahumares, al abrigo de la oscuridad, cuando todos los gatos son pardos, se dirigió al sitio de la reunión. Ahí encontró a todos sus tarahumares que platicaban contentos y se calentaban al amor de varias fogatas.

Antes de empezar a libar, unos bailaban y cantaban frente a 10 grandes ollas y 4 ánforas, que Neumann calcula contendrían en total unas 200 "metretas", cada una con 36 litros de tesgüino, de bebida hecha con maíz germinado y fermentado. Observó que algunas "mujeres, entremezcladas con la gente, llevaban sobre la cabeza las ánforas de vino". Según datos que proporciona en otro documento coetáneo el mismo Neumann, Sisoguichi tendría entonces unos 700 habitantes. Y no obstante la multitud que se había congregado para esta libación de comunidad, nadie había notado su presencia, departiendo con los demás como cualquier comensal. Y así, ante el estupor de todos, repentinamente Neumann se irguió y echó por tierra y rompió todas las ollas de tesgüino.

Al desconcierto inicial de los participantes, al pánico que cundió y a la huida de muchos, vino la recapacitación de lo que había sucedido, la ira consecuente y la venganza que intentaron con el inesperado aguafiestas. Neumann cuenta que con paso veloz se fue a refugiarse a su cabaña y que ahí se encerró con candado. Los tarahumares fueron a tocarle, tratando de derribar su puerta y prorumpiendo con toda suerte de amenazas, que no pasaron a más.

En un informe de 4 de febrero de 1690 señala Neumann "la falta de tierras en que puedan sembrar los tarahumares" y el "hambre con que hoy día se hallan" y que junto con la peste y la guerra hizo estragos en el trienio siguiente en todo el ámbito del territorio tarahumar. Una extensa carta escrita en Sisoguichi el 15 de septiembre de 1693, enviada al rector de München, Magno Amman, y

que se conserva en el archivo estatal de esta ciudad, informa sucintamente sobre estos puntos.

La peste se extendió de modo increíble por todas estas naciones, y en sola la Tarahumara acabó con una tercera parte de los indios, y se cree que también hizo estragos en otras partes. Durante tres o cuatro meses hubo que luchar contra tres enfermedades, y los que se libraban de las dos primeras, sucumbían a la tercera que era una disentería con flujo de sangre. A los que convalecieron de la viruela y de unas manchas violáceas, como del tipo de las bubas, aún no restauradas del todo sus fuerzas, en cinco o seis días la disentería los llevó a la tumba. Esta peste se llevó a un sinnúmero de niños y a todas las mujeres grávidas, a multitud de jóvenes y a la flor de nuestras reducciones. Sólo se libraron de la muerte los viejos, algunos hombres y algunas mujeres maduras. . .

El mismo Neumann se contagió, como él lo cuenta, pero convalció a los dos días mediante "unos remedios vehementísimos" y pudo atender a 40 enfermos de sus feligreses, que yacían postrados. En esta coyuntura sobrevino una de las grandes rebeliones de los tarahumares y naciones circunvecinas, y Neumann y sus compañeros tuvieron que arrostrar no pocos peligros, incluso de la vida; dos misioneros, Manuel Sánchez y Diego Ortiz de Foronda, fueron muertos en esta sublevación; otros tuvieron que huir y refugiarse en diferentes lugares, y pasar también hambres y angustias como los tarahumares. Se comprende que escribiera sus anhelos por irse a trabajar a otra parte del noroeste. La respuesta de sus superiores fue volverlo a nombrar rector de estas regiones bélicas.

Continuando con el problema del hambre añade estos datos:

El trienio pasado luchamos en esta Tarahumara, primero con la guerra durante la rebelión, luego con el hambre que afligió la región, de suerte que los indios frecuentemente se comían los caballos, las mulas, los perros, los ratones e insectos. Y finalmente luchamos también con la peste.

Pasada la tempestad volvió la calma, al menos por algunos años. Luego se sucederían otras rebeliones a fines del siglo XVII y en parte del XVIII, de las que Neumann también se ocupará como *testigo vivencial*.

Historiador de las guerrillas

Éste es otro aspecto de la personalidad de Neumann y de sus contribuciones al conocimiento del noroeste. Su visión de la realidad

septentrional no se hundió en las barrancas de la sierra con miopía histórica. El contextualizó los acontecimientos de la Tarahumara dentro de la urdimbre de la colonización, del proceso evangelizador, del aparato administrativo virreinal, tanto civil como militar, y de los intereses de toda índole cuya presa eran los recursos naturales de esa inmensa comarca y sus habitantes originales.

En sus distintos escritos se refiere a las regiones periféricas de Durango y Zacatecas en el sur; de Sonora, Sinaloa y Baja California al noroeste; de Parras y Nuevo León al oriente, y aun de Nuevo México y Canadá o Nueva Francia al septentrión. Habla de las distintas etnias que poblaban estas latitudes: tobosos, pimas, guazapares, varogíos, témoris, chínipas, californios, moquis, etcétera. Y habla también del trabajo que se está llevando en estas diferentes partes, de sus aciertos, de los conflictos internos y externos, y de la inmensidad que queda aún por descubrir en esta América Septentrional Incógnita, cuyas dimensiones son mayores que las de Europa.

Con esta visión panorámica se da a la ardua tarea de escribir la *Historia de las sublevaciones tarahumaras*, después de haber compartido la vida de este pueblo durante más de 30 años. Esta obra latina, impresa, como ya dije, en Praga en el año de 1730, fue el objeto de la tesis de doctorado que presenté en la Universidad de París en junio de 1962. En el ocaso de su vida, año y medio antes de morir, escribía Neumann:

En cuanto a la *Historia desta Tarahumara*, agora 12 años, a instancia de algunos padres la escribí en latín para las provincias extranjeras, a donde poca o ninguna noticia hay destas misiones. La leyeron algunos padres de por acá, entre ellos el padre Luis Mancuso quien, habiendo después ido por rector a México, me pidió se la remitiese para enviarla a Roma, y la remitió a nuestro padre general, por si juzgare comunicarla a otras provincias extranjeras, a donde no faltan imprentas, por si la quisieren imprimir. No sé si algún padre de los que por acá la leyeron, hayga hecho traslados o tenga copia dellos. Yo no la tengo, sino algunos papeles sueltos que me sirvieron para escribirla.

Contiene las tres rebeliones desta nación, que acontecieron en mis tiempos, las muertes de los padres Manuel Sánchez y Diego (Ortiz de) Foronda, los sucesos, guerras y revoluciones que ha habido.

Estas precisiones se encuentran en una carta de 25 de septiembre de 1730, escrita en castellano al provincial José de Arjó, residente en México. Sabemos que concluyó su obra hacia 1723, que la escribió a petición de compañeros suyos en la misión, entre ellos Luis Mancuso. Al ser este último nombrado rector del Colegio Má-

ximo de San Pedro y San Pablo de 1722 a 1725, le pidió a Neumann le enviase su *Historia* para remitirla a Roma. Dos cartas fechadas en Carichí el 1 de mayo de 1723 y el 15 de abril de 1724, antepuestas como dedicatorias al texto de su libro, indican que ofrece su obra a los miembros de su querida provincia de Bohemia, y que la envía a Roma en la última fecha señalada para que el general de los jesuitas la lea, y si estima de utilidad su publicación, pueda imprimirse en Praga.

La dedicatoria del primero de mayo de 1723 evoca las etapas vividas por Neumann en Europa, recuerda que la mayoría de sus compañeros, germánicos y eslavos, han ya fallecido, y que sólo sobreviven Jirí Hostinsky, llegado en 1687, y él con 75 años de edad y 43 de vida en la misión. Y añade:

Yo vivo todavía y gozo de buena salud, quizá precisamente para haber podido redactar lo que yo vi con mis propios ojos o lo que otros misioneros me escribieron. De esta suerte su recuerdo no perecerá. . .

De lo dicho anteriormente por Neumann, tres fueron sus fuentes de información: "algunos papeles sueltos que me sirvieron para escribirla", es decir, la documentación histórica que él había ido reuniendo; en segundo lugar "lo que yo vi con mis propios ojos", o sea su testimonio presencial de los hechos; y, en tercer lugar, "lo que otros misioneros me escribieron", o sea el testimonio de sus contemporáneos. Sólidos son, pues, los cimientos de su obra. A lo largo de su *Historia* él irá puntualizando la documentación particular y oficial de que se sirvió con juicio crítico, con independencia de intereses serviles y con la marca e interpretación de su personalidad y de su misión.

Sin embargo, a pesar de la solidez de su información y de lo prolongado de su experiencia personal en el conocimiento del terreno y en el trato con toda clase de gente, Neumann no escapa a ciertos reveses y flaquezas de su época. Junto con un extremo rigor histórico, emergen en su obra datos de una credulidad desconcertante. Toda una serie de fenómenos naturales, él los interpreta de modo fantástico y sobrenatural. Con cierta facilidad percibe la acción de diversos espíritus, buenos o malos. Las rebeliones se anuncian con un séquito de presagios, que tanto Neumann como otros contemporáneos suyos creen firmemente; por ejemplo la aparición de cometas, movimientos aberrantes del sol, corrientes de agua que saltan y salen de su curso normal, campanas que tocan solas, gigantes que aparecen y desaparecen. Estas credulidades

tenderían a ser la explicación de algunos hechos, pero no alteran la veracidad de lo realmente sucedido.

El tema fundamental del libro de Neumann es una síntesis de las rebeliones que se suscitaron en el ámbito tarahumar y en las regiones aledañas, entreverando su relato con datos históricos sobre la obra misionera de los jesuitas y sobre el proceso colonizador. En el arco del tiempo comprende un periodo de aproximadamente cien años: de 1626 a 1728. Empieza con la región de la Sierra de Chínipas, los contactos tempranos hispano-indígenas y los comienzos de su evangelización. Continúa con el avance en las misiones de la Alta Tarahumara de 1673 a 1684; sigue con el relato de las rebeliones en esta zona de 1685 a 1700, y concluye con la situación comarcana en el primer cuarto de siglo del XVIII.

Dentro de este marco cronológico abundan los datos sobre la estrategia hispana e indígena en las guerrillas, las causas que originaron estas revueltas, los pueblos que se levantaron y los que permanecieron pacíficos, y los mecanismos represivos con que las sofocaron. Brevemente trataré de cada uno de estos puntos. Para mejor comprender lo que sigue, es necesario señalar que Neumann no aborda el asunto de la legitimidad de la colonización, ni menos aún el de la evangelización. Él se encuentra ante una situación de hechos, lo que no le impide distinguir actitudes y acciones diversas entre quienes desean el bien común y los que buscan su propio interés.

Es significativo también que para Neumann se trata del enfrentamiento de dos mundos, de dos culturas, de dos cosmovisiones y de dos posturas asimétricas: una dominante y otra dominada o en vías de serlo; una, la de Occidente, cuya misión incuestionada es la de "civilizar" y "cristianizar", y la otra, amerindia, que vive en la barbarie y la gentilidad.

Ante esta situación y ante la frecuencia de las guerrillas, Neumann analiza la realidad y encuentra estas explicaciones causales de la insubordinación indígena.

En primer lugar la oposición al yugo español, lo que ejemplifica con estos datos, entre otros muchos que se encuentran dispersos en su obra. En 1684 se descubrieron las minas aledañas a Coyachi; en 1687 las de Cusihiuiríachi, y hacia 1690 las del real de Urique. El descubrimiento de estos minerales atrajo numerosos colonos españoles y no pocos comerciantes.

Toda esta gente, escribe Neumann, necesitaba árboles para aprovisionarse de leña, tierras para sus ganados, e indios para hacer los adobes,

construir las casas y para otros trabajos semejantes para los que llamaban y obligaban continuamente a los indios. Todo esto motivó desde entonces que los tarahumares y otras etnias tramaran sacudirse el yugo español que infestaba todas estas naciones.

En segundo lugar Neumann señala la oposición indígena a la acción misionera, especificada en las siguientes causas: a) dada la dispersión tarahumara, se les presionaba a concentrarse en pueblos para poderles atender en lo espiritual y en lo social. Esta presión, ejercida por ambas autoridades —la política y la eclesiástica— iba en contra de su forma tradicional de vivir, la más adecuada a su medio biogeográfico y a sus recursos tecnológicos rudimentarios; b) la forma cristiana y “civilizada” de vivir, que se les pretendía inculcar, contrariaba también su cosmovisión y su cultura en sus creencias, tildadas de “supersticiones”, en sus tesgüinadas y en sus diferentes grados de vida matrimonial poligínica. Además, limitaba su libertad de movimiento fuera de los poblados, mediante las visitas anuales de inspección militar y el control de los padrones de cada misión; c) el ordenamiento de las actividades cotidianas, tanto de asistencia a diversos actos de culto, como de labores domésticas, agrícolas o de cuidado de los ganados obedecía a patrones de conducta y sistemas de valores que les eran ajenos. Esto contribuía a crear tensiones familiares o comunitarias, y conflictos con las autoridades misioneras o autóctonas.

En tercer lugar indica Neumann la influencia de los hacedores de mal o hechiceros, llamados en su lengua *sukuríame*, conscientes de los cambios que en la vida tarahumara traían consigo la colonización y la evangelización. Entre otras cosas, que hacen pensar en síntomas de un incipiente movimiento mesiánico, les decían que las armas de los españoles no les harían daño y que, en el caso de que murieran, resucitarían al tercer día; que el bautismo cristiano contaminaba y mataba, y que los misioneros eran los hechiceros de los españoles, a cuyo servicio estaban. Por otra parte les alentaban a vivir como antes, con varias mujeres y sin cortapisas en el tesgüino; a abandonar los pueblos y a alejarse de las campanas cuyos toques les causaban enfermedad.

En cuarto lugar apunta Neumann, como causa de rebelión, el papel desempeñado por algunos gobernadores tarahumares, llamados *siríame*, que en posición conflictiva de fidelidad al misionero y fidelidad solidaria a su pueblo, jugaban un papel ambivalente. Aparentaban quedar bien con el padre, y por debajo del agua apoyaban a los rebeldes. Neumann señala varios casos concretos de estos gobernadores. Sin embargo, los que influyeron más decisiva-

mente en la rebelión, y Neumann los enumera, fueron por lo menos una docena de caudillos tarahumares, abiertamente opuestos a todo lo extranjero y a su presencia entre ellos.

Como quinta causa de rebelión, apuntada también por Neumann, está la vinculación estrecha entre el misionero, la administración colonial y los españoles que se habían infiltrado en la región. Para el tarahumar todos eran representantes de un poder invasor. Junto con esto, los tarahumares pensaban, y con razón, que ¿cómo podría ser buena una religión extranjera cuyos miembros no los respetaban a ellos, ni sus bienes, ni sus formas de vida? ¿Por qué tenían que obedecerlos y someterse a lo que pretendían? Además, el tarahumar veía que, una vez bautizado, pasaba a ser vasallo no sólo de Dios, sino también del rey, y por lo mismo sujeto a labores forzadas, sobre todo en las minas. Por este razonamiento algunos viejos rehusaban bautizarse, porque se consideraban ya incapaces como fuerza de trabajo.

Como podrá apreciarse, el análisis de Neumann es bastante objetivo y autocrítico, diáfano y valiente, y además esclarecedor de los sucesos que él estaba viviendo. Esta reflexión sobre los hechos, junto con otras circunstancias de política internacional, como la guerra de sucesión en España en 1700, llevaron a Neumann y a otros misioneros a no presionar más a los tarahumares a vivir en pueblos y al reconocimiento del derecho que tenían a su libertad y a su cultura. Trataron desde entonces de emplear otras formas de ejercer el apostolado, más por la persuasión que por la constricción, y el resultado inmediato fue que cesaron las rebeliones, al menos con la virulencia con que se habían provocado.

Quiero señalar, por último, cómo se llevaban a cabo estas guerrillas por uno y otro bando. Los tarahumares, pobladores antiquísimos de esas comarcas, conocían el terreno como la palma de su mano. Ligeros de indumentaria y de pie, eran también muy hábiles en el manejo de sus armas: arco y flechas envenenadas que sacaban veloces del carcaj. Vivían preparados para el combate, con espías que les informaban de la situación en el campo español. Con toda previsión hacían acopio de granos, que escondían en cuevas remotas, y oportunamente también preparaban la producción en serie de arcos, flechas, lanzas, picas y macanas. Convocaban los cabecillas a sus aliados mediante mensajeros que intercambiaban flechas o unos palitos con diferentes entalladuras. En el sitio convenido discutían los planes de ataque, señalando día, hora y lugar. Su sistema de guerrillas consistía en ataques sorpresa o albazos, con grupos reducidos de cien a quinientos guerrilleros, jefaturados por un

caudillo. Y, según el caso, o atacaban todos un solo sitio importante, o simultáneamente varios lugares para desconcertar al enemigo español. De ordinario los tarahumares tenían las mejores fortalezas naturales, a menudo inaccesibles al soldado español, desde donde, a más de la andanada de flechas, les hacían rodar enormes pedruzcos que ponían en fuga al invasor. Lo más común fueron los encuentros a distancia entre ambos enemigos, pero se dieron casos de combates cuerpo a cuerpo, con utilización de lanzas, picas y macanas.

Puede decirse que, en general, los españoles estaban a merced del sitio que fueran a atacar los tarahumares, con la subsiguiente destrucción, incendio y pillaje. Aunque el general Juan Fernández de Retana, capitán del presidio de San Francisco de Conchos, era el que inspeccionaba anualmente toda la Tarahumara con su piquete de 50 soldados, no conocían todos los vericuetos y escondrijos de la sierra como los *rarámuri*. Además, su indumentaria militar era más pesada y estorbosa. Dado el pavor que tenían a las flechas envenenadas, de efecto mortal, llevaban chaquetas y charreras hasta de siete cueros, lo que obstaculizaba la rapidez en sus movimientos. Buena parte de los soldados iban a caballo, muy útiles en la llanura pero muy torpes para escarpar los cerros. Y los que iban como infantería tampoco podían competir con la ligereza del tarahumar. Y en cuanto a sus armas, las espingardas tenían que recargarse después de cada disparo, lo que restaba efectividad a su acción, compensada en parte con el subsidio de los indios aliados, tanto de los propios tarahumares, como de otras etnias.

Los indicios de que se avecinaba una rebelión provenían de cartas e informes que enviaban los misioneros, los colonos establecidos en la región, y de informaciones de los tarahumares adictos a la misión. Se comunicaban estas noticias, no siempre debidamente verificadas, al gobernador de Nueva Vizcaya, que solía residir en San José del Parral. Éste ordenaba al capitán del presidio de Conchos, y si la gravedad del caso lo ameritaba, a los capitanes de los presidios de Janos, El Pasaje, El Gallo y Cerro Gordo, que en compañía de una parte de sus soldados se dirigieran a la sierra y se pusieran a las órdenes del general Retana, nombrado comandante para tal efecto.

Para hacer frente a estas situaciones de emergencia el gobernador de Nueva Vizcaya contaba con una partida anual de \$ 6 000 para gastos de "paz y guerra". Se solicitaba, además, la cooperación de los vecinos de Parral y de los asentados en la región tarahumara: cooperación en bastimentos, en recuas, en armas y en personas. Y se reclutaban, también, indios amigos de diferentes partes.

Hechos los preparativos, se ponían en marcha a pacificar la región. No faltaron casos en que el mismo gobernador encabezara la tropa. Establecido el itinerario, se hacía la inspección de cada poblado, se revisaban los padrones y se iba a buscar a los fugitivos. Se les exhortaba a deponer el arco y la flecha y a reintegrarse a sus pueblos. A los que se sometían se les perdonaba y aun se les hacía algún regalo. A los rebeldes se les perseguía implacablemente y se les combatía, como queda dicho. A los prisioneros se interrogaba y, según la culpa, se les castigaba con cepo, prisión, destierro, y aun con la pena de muerte "apeloteándolos" o ahorcándolos. Luego se les decapitaba y se ponía su cabeza en la punta de un palo, para que todos la vieran. Otros castigos y represalias que menciona Neumann eran la destrucción de las mieses, la captura como rehenes de mujeres y niños, y las ejecuciones sumarias.

De todos estos hechos se conservan las actas *in extenso* en diferentes archivos de México y de Europa, lo mismo que de los "juicios de residencia" hechos a los militares, gobernadores, alcaldes y en general a todo el aparato administrativo colonial, con la resultante de culpabilidad o no, y de las penas impuestas.

Refiriéndose Neumann a la rebelión de 1697-1698, una vez que ésta había concluido, escribe lo siguiente:

Es un hecho que ni la mitad del pueblo tarahumar empuñó las armas contra nosotros o contra los españoles, o abandonó la fe. A pesar de numerosas solicitudes no siguió el camino de la sedición. Gracias a su industriosidad, el amor por sus iglesias, construidas por ellos mismos, y al respeto debido a sus misioneros, veinticuatro o más pueblos escaparon al incendio de los insurrectos.

Sin duda alguna el furor y el terror de los rebeldes habría causado mayores estragos, si los españoles no los hubieran reprimido a tiempo, ayudados por la astucia y fidelidad de los tarahumares de Sisoguichi.

Hasta cierto punto desconcierta este juicio de Neumann. Por una parte parece dar la razón a los rebeldes, al enumerar antes las causas justificativas de su rebelión; y por otra legítima y aprueba el que los españoles los hayan reprimido. Es que, en realidad, él se encontraba entre estos dos mundos y paradójicamente formaba parte de ambos, dando razón a unos o a otros en lo que le parecía de justicia, y negándosela en lo que juzgaba injusticia y atropello.

Se esté o no de acuerdo con su interpretación de estos hechos y con su actuación, no podrá negarse la honestidad del testimonio

de Joseph Neumann, ni la riqueza de su obra, ni tampoco la entrega de su vida al pueblo tarahumar.

Santa Teresa, Contreras
26 de julio de 1986

ABSTRACT

This article deals with Joseph Neumann's life and activity in the far mexican Northwest during nearly 52 years (1681-1732). He was a member of the Society of Jesus in the Bohemian Province, and asked to be sent to Mexico to work among the Tarahumara Indians of Chihuahua. The study is divided in four parts; a biographical sketch, his Tarahumara life, ethnographer of the Tarahumares, and historian of the Indians uprisings in the XVII and XVIII centuries.

REFERENCIAS

Manuscritos de Joseph Neumann

Cartas latinas al padre general Gian Paolo Oliva. Telč, 15 y 26 de enero 1678
En Fondo Gesuitico, XXV, no. 126 y 131, Roma.

Carta latina a la provincia de Bohemia. San Ignacio Coyachi, 15 de febrero de 1681. En Archivo de Brno, ms. 557, vol. VI, f. 37rv.

Carta latina al provincial de Bohemia. Sisoguichi, febrero de 1682. En Archivo de Strahov, DH, IV, 5.

Carta latina al provincial de Bohemia. Sisoguichi, 29 de julio de 1686. En Archivo Central del Estado, Praga, *Jesuitica* III, 419 varia.

Carta castellana al provincial Ambrosio Odón. Sisoguichi, 4 de febrero de 1690. Archivo General de la Nación, *Misiones* 26.

Carta latina al provincial de Bohemia. Sisoguichi, 15 de septiembre de 1693. En Archivo de la ciudad de München, *Jesuitica* 595.

Obras impresas

GONZALEZ R., Luis. *Joseph Neumann, S.I. Révoltes des indiens tarahumars (1626-1724)*. Traducción del latín, introducción, comentarios e índices

analíticos. Paris, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1971, lxiii-188p.

STÖCKLEIN, Joseph, Peter PROBST y Franz KELLER. *Der neue Welt-Bott mitt allerhand Nachrichten dern Missionariorum Societatis Iesu. . .* Augsburg, Gratz y Viena, 1726-1758, 7 vol.